



REVISTA GALLEGA Nº 385 - AÑO 1902
TÍTULO: RECUERDOS DE SANTIAGO. ENTRE SAR Y SARELA

PROSA Y VERSO

Recuerdos de Santiago

ENTRE SAR Y SARELA

SANTA SUSANA

Allá arriba, en lo más alto del monte, sin duda para acercarse al cielo todo lo posible, guardada entre murallas de musgo como joya entre paredes de raso, se esconde la iglesia románica, con su cementerio desnudo de lápidas y coronas, sus olivos arrimados al muro, sus flores azules en las juntas, sus asientos de piedra entre los machones, y su cruz de primoroso calado pesando sobre el rizado cordero como las palabras de la promesa divina sobre la fé del pensamiento humano.

Al bajar de la iglesia, el monte parece un inmenso mirriñaque de los cuadros de Wateau, recamado de hojas de roble, salpicado de rosas silvestres y guarnecido por una espléndida faja de mica y arena, donde brillan, al herirse con la luz del sol, millones de menudísimos diamantes.

Bajo la robleada, desplegándose en flanaos de alas enormes que se abren á trechos como para dejar que el monte respire por aquellas fauces las acres brisas de los pinares vecinos; el bosque entero exiende sus brazos con desperezos de araña colosal; los troncos viejos descubren sus úlceras, sus oquedades, sus parasitarias, sus abultados nudos de lepra; y rota la línea del bosque por la faja que lo circunda formando el ámplio paseo de la Herradura, al muro de contención se asoman, desprendiéndose como enredados flecos de colgadura fantástica que hacen recordar los enveriaados de Trianon, yedras oscuras, madre selvas, jazmines y campanillas de sangre.

Por los desgarrones de aquel cortinaje de ramas verdes, entran los callados haces del día, que bordan, al caer, con pinceladas de luz, el suelo tapizado de hierbas. Y cuando declina la tarde y sus tibios reflejos llegan, recostándose en la hondonada del Sarela hasta lamer las desnudas raíces de los árboles sagrados de Santa Susana, sobre el fondo sombrío de la selva se destaca un alegre tropel de niños que corren como mariposas, chillan como pájaros, sueltan al aire sus bucles de seda, juegan con las espigas, y se os aparecen de súbito como manojos de rosas muy extrañas, agigantadas por la fantasía, enlazadas en rueda por los rojizos tallos que destilan savia, haciendo temblar los pétalos entre sus túnicas de oro, y girando en olímpica danza en torno de los últimos rayos, para adormecer al sol en los fulgores de su espléndida despedida.

Una vez á la semana aquel campo de helechos y aquellas ramazas de muérdago, que en tiempos pasados habrían servido de ara y dosel á ceremonias célticas, sirven de tienda y toldo á una feria de toda clase de ganados. Y es entonces cuando la extensa curva del monte, engalanada de colorines hirviendo con el tráfico de la carne en burbujas de vida, despidiendo en columnas de humo vahos de calor, semeja la llamarada de un vasto incendio, donde el antiguo arte romántico se deja desmayar, quemando sus transparentes alitas de hada, mientras que el vigoroso arte moderno halla lumbres de inspiración para pintar con tonos brillantes sus impresiones de franco y sincero positivismo.

URBANO GONZÁLEZ.

LOS CELTAS

(Al laureado poeta gallego D. Galo Salinas)

¡Antoreba celestial! ¡Sol refulgente!
Que rápido caminas al ocao
Tibiendo el cielo, de oro grana y púrpura
Con más ricos colores acentuado;
Cuanto más te adelantas
A hundirte en el Océano
Y antes de que te ocultes
En el movable, azul, inmenso charco,
Abandonas tus fulgidos destellos
Y un disco, aparecea recortado
Cual bala de cañón enrojecida
Que se vá poco á poco deformando
Sobre un fondo do lucen los fulgores
Mas ricos, que forjase el ojo humano
Y arrobátó á la aurora purpurina
Sus mágicos matices, variándolos.
¡Qual se tñen de azul y de carminar
Los altos carros y salientes cabos,
En su bise bañados por las ondas
Que forman al chocar, festones blancos,
Destacando del mar, que los reflejos
Adquiere, de los cielos incendiados!
¡Cuán grato es contemplar desde la cima
Del monte escueto peñascoo y árido
Tu sublime belleza! ¡oh mar bravo!
Que te estrellas con brio redoblado
A los piés del picacho, que al poeta
Feliz, hace arrancar alegre canto
En el laud sonoro,

Herido por el plectro, en acordados
Ritmos, de melancólicas, sentidas,
Dulces endechas, de sabor arcáico;
Recordando los tiempos fabulosos
De aquellos nobles y valientes bardos
Que cantaban las bélicas proezas
De los guerreros de ánimo esforzado;
Y en la sangrienta liza impetuosa
Luchando cuerpo á cuerpo, demostraron
Ser fuertes entre fuertes y temidos
Del astuto, sagaz, fiero romano.
¡Cuántas veces ¡oh soll al coultarte
En el mar y los cielos destumbrando,
Has visto la entusiasta despedida
Que te hacían los celtas congregados
En la orilla del mar, que herviente bate
La abrupta costa de los pueblos ártabros
Y escuchaste el sonido de sus gaitas;
Y el grito agudo gutural selvático
De sus robustos pechos, conmoviendo
Los ecos de los velles, resonando
Llegó hasta tí, cual llega hasta las águilas
Que remontan su vuelo en el espacio
El áspero graznido penetrante
De sus hijuelos, de calor privados;
Así también á tí, sol refulgente
Despedían los celtas, con sus cantos
Y sus gritos agudos y estridentes
Y sus guerreras danzas, embrazando

El escudo de cuero tosco y fuerte
Guarnecido de fulgidos, metálicos
Anchurosos, punzantes y salientes
Amrillentos y bronceinos clavos
Sobre los que al chocar el duro hierro
Del dardo agudo ó del tajante gládium
Al compás de la danza bélicos,
Terribles producían resonando
Una formidable, temeroso estrépito
Que repetían montes y collados.

Hoy, tras de muchos siglos, solamente,
Te contempla en tu ocao, oscuro bardo,
Sentado en el escueto, abrupto pico
Que se alza sobre el mar inmenso y ancho;
Ya no se escucha el canto melancólico
De los druidas en los verdes castros,
Ni las bélicas danzas de los celts,
Y solamente, el eco prolongado
Del penetrante atruxo que se estiende
De unos montes en otros, va evocando
De aquella fuerte raza, los recuerdos,
En el más triste olvido, sepultados.

EMILIANO BALÁS.

Ferrol, 1902.

CRÓNICA SEMANAL

PALIQUE

—Paz e concordia, tio Chintol!
—¡Entre os príncipes cristiáns,
Mingote!
—Que entre eses a haberá, pro
non entre os outros.
—¿Cales outros rapás?
—Os príncepes da Eigrexá.
—¿Tí que dis?
—Pois eso.
—¿E que te fundas?
—No que pasou no Congreso Ca-
tólico.
—¿E qué pasou?
—Vosté ben sabe que á Santiago
e pra celebraren o sexto Congreso
foron unha morea de bispos.
—Ben seiño.
—No dito Congreso habíanse de
discutir cuestións propias da Ei-
grexá.
—Naturalmente.
—Pois do que menos se falou
foi das tales cuestións se non de po-
lítica, de socialismo e de outras
que nada teñen que ver co a reli-
xión.
—¿Qué atrocidade!
—E como cada un dos que pe-
dricaron tiña a súa opinión, de
equí que se non entenderan y en
troques de discutir disputaron e
sesión houbo na que por pouco
vanse ás mans.
—¿Os bispos?
—Home, tanto como os bispos
non, pro si os que á súa beira an-
daban.
—Pois, meu amigo, dígoche que
o enxemplo que se deu no tal
Congreso foiche edificante á todas
luces.
—Con que xa ve.
—De sorte que algúns adoece-
rían.
—O mesmo que os trabados pol-
o can.
—¿Cal can?
—Un que trabou á outros cade-
los e mais á uns nenos, e que logo
de reconocido resultou que esta-
ba doente co a rabia.
—¡Porra!